

CONOCER PARA VALORAR
RECOLECTANDO HISTORIAS



Maruja Mallo. "La sorpresa del trigo" (1936)

Desde la **COMISIÓN 8 DE MARZO** de la Universidad Popular de Palencia, hemos recopilado HISTORIAS DE VIDA de las mujeres con el objetivo de poner en valor su contribución al bienestar de la sociedad a lo largo de todos los tiempos.

Encerradas en el espacio doméstico, las mujeres han sido invisibles, han permanecido ocultas, silenciadas. Su trabajo no ha contado en los datos oficiales, no figuran en los libros.

Seguramente la historia total no podrá ser escrita hasta que no añadamos la presencia y reconocido el protagonismo de las mujeres.

Fundación de la belleza

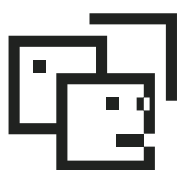
Están allí, pintadas en las paredes y en los techos de las cavernas. Estas figuras, bisontes, alces, osos, caballos, águilas, mujeres, hombres, no tienen edad. Han nacido hace miles y miles de años, pero nacen de nuevo cada vez que alguien las mira. ¿Cómo pudieron ellos, nuestros remotos abuelos, pintar de tan delicada manera? ¿Cómo pudieron ellos, esos brutos que a mano limpia peleaban contra las bestias, crear figuras tan llenas de gracia? ¿Cómo pudieron ellos dibujar esas líneas volanderas que escapan de la roca y se van al aire? ¿Cómo pudieron ellos...? ¿O eran ellas?

Eduardo Galeano. Espejos.

p.á gi 49 nas

AÑO 2009

BOLETÍN DEL ÁREA DE EDUCACIÓN



Universidad Popular de Palencia

SUMARIO

**Conocer para valorar.
Recolectando historias.**

Fundación de la belleza.

**Una historia de vida en el mundo rural.
Loreto Fernández Martínez.
Agricultora y Artesana**

Relatos Recolectados.



Ayuntamiento de Palencia

Concejalía de Igualdad de Oportunidades,
Familia y Mujer

UPP

UNA HISTORIA DE VIDA EN EL MUNDO RURAL.

LORETO FERNÁNDEZ MARTÍNEZ. AGRICULTORA Y ARTESANA

Me llamo Loreto, vivo en un pueblo de Palencia que tiene 300 habitantes, Santervás de la Vega. Soy agricultora y artesana.

Soy una de las 30 protagonistas del libro **Historias de vida del medio rural**, publicado por FADEMUR (Federación de Asociaciones de Mujeres Rurales).

Os contaré a grandes rasgos mi historia de vida.

Nací en 1965 en una familia de 7 hermanos.

Eran tiempos muy duros y de mucho trabajo. Desde pequeña ya colaboraba en las labores de la casa, el campo y el ganado.

Todas las manos eran pocas para ayudar, pues todo se hacía sin apenas maquinaria, pero aún así, mis recuerdos de la infancia son felices. Siempre había un rato para jugar con los niños del pueblo o con tus hermanos aunque no teníamos apenas juguetes lo pasábamos muy bien.

Mis padres tenían una explotación de secano, regadío y ganadería, con lo cual tarea doble, ya que esto suponía trabajo todo el año. En verano recoger el cereal (por supuesto no había cosechadoras, éstas fueron llegando poco a poco).

El regadío aún más duro; se sembraba legumbre, remolacha, patatas... Este tipo de cultivos daban tarea hasta hartarte, teniendo que excavar toda la primavera y parte del verano, y los ratos que quedaban había que sacar al ganado a pastar.

Todo seguido, y en otoño, recoger la legumbre, eso, si el tiempo no lo impedía echándolo todo a perder.

En invierno sacar la remolacha a mano, con mucho frío y muchos sabañones.

No valía de nada quejarte: *esto no me gusta o no quiero hacerlo*. La tarea había que sacarla para adelante y punto.

Aún así siempre me gustó el trabajo del campo y vivir en el pueblo, será que soy un poco rara ya que de mi edad no se quedó ninguna en el pueblo a trabajar en la agricultura.

Mi vida transcurre asistiendo al colegio y ayudando en casa.

Al no querer seguir estudiando me quedo trabajando con mis padres en la explotación, ya que mis hermanos mayores se van fuera a trabajar, no quieren quedarse en el campo.

Van pasando los años y sigo en el pueblo.

Me caso joven con un hijo de agricultores y tengo 2 hijos.

A partir de aquí mi vida va cambiando dependiendo de las circunstancias.

He trabajado en diferentes cosas, desde campaña de fresas, campaña de setas, mi zona es rica en níscalos.

También reabrimos mi hermana y yo, un mesón que había en mi pueblo.

Con los niños pequeños muy difícil de compaginar, pues eran muchas horas dedicadas a atender el negocio, pero estuvimos 5 años con él.

Muere mi padre y nos volcamos en ayudar a mi madre con la explotación ya que ella no podía realizar el trabajo sola.

Alternamos trabajos esporádicos con los agrarios hasta que se jubila mi madre. Fue entonces, con 27 años, cuando decido hacerme cargo de la explotación con mi marido. Dándome de alta como titular en la actividad agraria.

A causa de una neumonía se tienen que sacrificar todo el ganado. Decidimos que no vamos a comprar más ganado, ya que había que hacer nuevas instalaciones con una fuerte inversión de dinero.

Trabajando solo la agricultura, al no tener ganado, y cambiando de cultivos y más maquinaria, comienzo a tener tiempo libre que dedico a hacer cursos y actividades que me gustan y no había podido hacer antes.

Por mis inquietudes participo en asociaciones, en la cámara agraria local, de la que soy presidenta, en la junta vecinal, en el sindicato agrario UPA siendo la única mujer de la ejecutiva y en la cámara agraria provincial, también siendo la única mujer.

Colaboro con FADEMUR y todas sus socias organizando actividades.

Actualmente tengo diversificada mi actividad agraria y dedico parte de mi tiempo a impartir cursos a mujeres del medio rural en más de 20 pueblos.

A parte mi mini taller en casa donde diseño y decoro todo tipo de objetos artesanales: restauro, tapizo, decoro mueble, vidrieras y tiffany.

Es tanto lo que me apasiona el mundo del vidrio que decido especializarme en distintas técnicas de fusión, realizando piezas de bisutería y detalles de todo tipo a gusto del cliente.

Todas estas actividades me aportan unos ingresos que vienen muy bien, según está la agricultura de mal.

Lo de diversificar la actividad que aconsejan ahora, yo lo llevo haciendo muchos años y os lo aconsejo a todas de este sector, ya sean actividades agroalimentarias, turismo o cualquier otra que se nos pueda ocurrir, porque en estos tiempos puede sorprender lo más simple. Solo es pensar un poco y ejecutar la idea aunque sea pequeña, siempre se puede llegar a realizar con un poco de empeño y ganas. Ya que a parte de sentirte más autónoma, la independencia económica es muy importante, valorándote a ti misma.

Gracias por escuchar mi historia, ya sé que cada una tiene su historia de vida.



RELATOS RECOLECTADOS

Queremos agradecer la colaboración de todas las personas que han participado en esta recolección que quiere poner en valor las historias de vida de las mujeres. La Comisión ha seleccionado dos textos como los más significativos desde una óptica de género.

Felicidades a Begoña González y a Concha Prieto.

VA POR TI, TIA

Yo tuve una tía. La llamábamos ANA. Mi tía hacía los mejores albardados del mundo.

Compraba pescados pequeños y los convertía en especímenes de primera categoría, a la hora de presentarlos en la fuente alargada de loza. A mí me parecía un milagro, pues una pescadilla de 600 gramos metida en su sartén, aumentaba al tamaño y categoría de una estupenda merluza. En su cocina, olía a buen aceite de oliva.

Se fue un día del pueblo, un pueblo pequeño y triste de la meseta castellana. Cogió su prole, 4, y subió con ellos a un tren, rumbo a una ciudad que tenía el mar muy cerca y más posibilidades para su futuro. Marchó con prisas, pues las gentes del adobe no entendían esos comportamientos en una mujer casada, aunque ésta y sus hijos pasaran hambre.

Siempre me pareció, una gran mujer, luchadora, decidida y trabajadora. Como una mula, decía mi abuela. Fue una mujer especial, con la que resultaba muy difícil aburrirse.

Mi tía apenas pisó la escuela, pero utilizaba un lenguaje que hacía cosquillas y su buen humor borraba penurias. Era mujer de soles y moreneces. Tenía un rostro redondo, nos reíamos a la vez, cuando decíamos que ambas poseíamos cara de pan castellano.

Sus ojos vivarachos se negaban a visualizar lo vidrioso y lo confuso. Claridad decía con desparpajo; que entre la luz aunque no encuentre mucho para alumbrar.

Sabía como nadie arrancar sonrisas, lo hacía con una gracia acompañada de chistes y chascarrillos, con sabor a guindilla.

Ella era risa y la regalaba.

Los veranos a su lado fueron vivencias grabadas con afectos, con sonidos de olas, sábanas tendidas al viento, y con calabobos sin paraguas, de besos dados con gusto y apretaditos.

Aún puedo ver a mí tía ANA albardando unas preciosas torrijas, cual globos hinchados y puntilleados, dentro de una vieja sartén de hierro, entre aromas de canela limón y leche.

En su casa habitaba una corriente de aire húmedo, con la que se desfilaba por un largo pasillo, simulando PASARELA CIBELES. Hasta la rudimentaria fresquera que asomaba a un patio comunal, resultaba apetecible.

No fue santa mí tía, qué va, por eso, sólo miraba el cielo para contemplar azules, arco iris y puestas de sol. No creía en purgatorios ni en infiernos, pensaba que ella encontraría otro lugar más divertido.

Inició su último viaje hace no mucho tiempo, cuando se percató de que aunque estaba viva, también estaba un poco muerta, muerta del todo estaría mejor, se decía con la naturalidad que la caracterizaba.

Se cansó de ser heroína, aceptó que sufría la enfermedad incurable, esa que llaman ¡AÑOS!

BEGOÑA GONZÁLEZ MONGE

LA TÍA CARMINA

“El domingo viene a comer la tía Carmina”. Esta noticia, aparentemente intrascendente, producía siempre en la familia una cierta agitación. A mi madre se la notaba inquieta, rebuscando entre sus recetas algún plato estrella que le diera un toque especial a la comida. Nosotros temíamos ese día ya que deberíamos someternos a unas reglas estrictas. Los más perjudicados eran, sin duda, mi hermana mayor quien ese día no podría acaparar protagonismo, como era su costumbre, y los gemelos a los que se les prohibía moverse, reírse entre ellos, hacer apartados, ¡qué tormento para su naturaleza inquieta!

Pues ¿quién era ese personaje que tenía el poder de cambiar el ritmo familiar? Era una prima de mi madre, de mediana edad, soltera, que no solterona, recién destinada a Madrid con un buen puesto en la Administración. Durante la semana disfrutaba de lo poco que Madrid ofrecía en aquellos años: algún concierto, cine, teatro, alguna exposición, alguna conferencia. Los domingos solía comer con familiares o con amigos. A nosotros nos dedicaba un domingo al mes.

Llegaba siempre puntual a la cita, envuelta en una leve nube de perfume floral, vestida con una sobriedad que resaltaba su elegancia natural y con una cajita de bombones exquisitos, tan distintos del chocolate harinoso de nuestras meriendas. A nosotros nos saludaba cariñosa pero siempre interponiendo una cierta distancia como si el mundo de la infancia le produjera un respeto. Enseguida se sentaba a charlar y tomar una copa con mi padre, mientras mi madre daba, nerviosa, los últimos toques a la comida. Nosotros, liberados por un momento, les oíamos hablar con animación y reír.

Durante la comida, la conversación continuaba. Mi padre y ella hablaban de amigos, de compañeros comunes, de rumores sobre cambios en la Administración, discutían sobre las nuevas leyes, los nuevos decretos. Mi madre iba y venía, atenta a que todo estuviera en su punto y ajena ¿o excluida? de la conversación.

Yo era muy pequeña para comprender pero intuía desigualdades entre la tía Carmina y las demás tías que visitaban a mi madre y sentía dentro de mí una inclinación inexplicable hacia ella. No compartía las manías de mi hermana mayor que la tachaba de estirada y de acaparar a mi padre, sin hacer caso a mi madre. Yo, inconscientemente, percibía en ella un modelo nuevo de mujer que me resultaba atractivo.

¿Sería exagerado decir que aquellas comidas influyeron en cierta manera en mi futuro? No podría afirmarlo pero sí es cierto que siempre tuve presente a la tía Carmina en las pequeñas decisiones que fueron conformando el camino de mi vida.

CONCHA PRIETO RODRÍGUEZ

UNA RELACIÓN MUY ESPECIAL

Soy hija póstuma. Después de llevar mis padres diez años casados sin tener hijos, yo vine al mundo cinco meses después de que mi padre muriese en el frente, luchando por defender sus ideas en el lado republicano. Cuando ocurrieron los fatídicos hechos, los abuelos mandaron a Madrid a la hermana pequeña de mi madre, mi tía Isabel, de diecisiete años, que la acompañó y estuvo con ella hasta que yo nací, que fue el día que acabó la contienda, con la victoria de las fuerzas franquistas.

Después y para que mi madre no se quedase sola con una niña recién nacida, mi tía se quedó con ella; los abuelos decidieron que Isabel estudiara en Madrid y acompañara a su hermana.

Mi madre era modista y con lo que sacaba de coser y la ayuda que mandaban desde el pueblo, íbamos saliendo adelante en aquellos durísimos primeros años de la posguerra. Mi tía Isabel era inteligente y muy estudiosa: hizo Magisterio y sacó las oposiciones de Párvulos en un tiempo record. Cuando empezó a ejercer, pudo hacerlo en un Colegio que estaba relativamente cerca de nuestra casa, y como yo ya tenía cuatro años, me matricularon allí.

El primer día de clase, mientras otras niñas lloraban aferradas a la mano de su madre, con la sensación de que si la soltaban caerían en un pozo sin fondo, yo recorrí los pasillos del Colegio de la mano de mi tía, sonriente y feliz, pues ella fue mi primera maestra. Fue en el Colegio donde me di cuenta de que las otras niñas tenían padre y madre, pero yo presumía de tener madre y tía.

Los veranos íbamos las tres al pueblo con los abuelos y el recuerdo que guardo de aquellos días es maravilloso: allí tenía un montón de tíos, tías, primos y primas, además de los abuelos; jugábamos en la calle, correteábamos por el campo, nos reuníamos toda la familia por cualquier motivo. Luego, la vuelta a Madrid, al triste piso alquilado en un barrio periférico, resultaba dura y sólo nos animaba pensar en el próximo verano.

Cuando fui creciendo y las amigas me preguntaban que a quien quería más, si a mi madre o a mi tía, meditaba un rato y contestaba con toda sinceridad: las quiero a las dos igual. Mi tía y mi madre se parecían: de pelo castaño, rasgos suaves y ojos vivaces y penetrantes; y yo me parecía a las dos, lo que me hacía sentir muy orgullosa.

Isabel tuvo varios pretendientes, entre ellos un maestro del Colegio; salieron algunas veces, iban al cine, a pasear; parecía buena persona, pero yo le miraba con malos ojos, pensando que si mi tía se casaba con él, se iría de casa; y entonces sentía en el pecho una pena insoportable. Yendo un día a clase, mi tía me miró y me dijo:

-¿Qué te pasa, María? Estos últimos días te noto triste y estás muy callada, con lo que tú hablas.

Sin poder contenerme, me eché a llorar desconsoladamente y al fin pude balbucir:

-No te cases tía, no quiero que te vayas de mi lado.

Isabel me miró largamente y acariciándome el pelo, contestó:

-Estate tranquila cariño, que eso no va a ocurrir...nunca.

Pasaron los años, nuestra situación fue mejorando con el trabajo de mi madre y mi tía, compramos un pisito un poco más céntrico, crecí rodeada del cariño de las dos, estudié, me casé y entonces fui yo la que dejó a mi madre y a mi tía, las dos siempre juntas; tuve hijos y con frecuencia íbamos a verlas.

Mi madre enfermó de gravedad y viendo que su final se acercaba, un día que estábamos mi tía y yo con ella, dijo:

-Isabel, creo que ya es hora de que María sepa la verdad.

Y la verdad, que me hizo entonces comprender muchas cosas, era que Isabel tenía un novio que luchaba con los nacionales, en un permiso quedó embarazada, luego él murió en el frente; y en aquellos oscuros años, una muchacha decente y madre soltera eran incompatibles. Como la hermana mayor se había quedado viuda, decidieron hacer creer que yo era su hija. Isabel vino a Madrid y cuando nací me inscribieron como hija de su hermana y su difunto marido.

Mi madre murió, Isabel se quedó sola en el piso, se jubiló y ahora que ya es muy mayor vive conmigo; no la puedo llamar madre, aunque siempre la quise como a la que creía que lo era.

Mi marido y mis hijos, al conocer la verdad de mi origen, me decían que era como para escribir una novela. Y ahora he tenido la oportunidad de hacerlos partícipes de la increíble historia de mi vida, que creó una relación tan especial entre tres mujeres.

PILAR RODRÍGUEZ BURÓN

MI TÍA LAUDE

Papá siempre le llama La Tía Tula, pero de verdad se llama Tía Laude y es muy guapa. Es la que viene a buscarme por las tardes al colegio con un gorro de lana azul. Llega antes de que suene la sirena y se sienta en el banco de piedra a leer. Así que cuando salgo, le doy un beso, le dejo la mochila y me voy a jugar a la goma con Marta y Nieves. Me deja estar allí hasta que han salido todos y cierran el portón. Entonces nos vamos a casa a merendar. Algunos días, como que fueran de fiesta, prepara chocolate caliente para comerlo con bizcochos, y entonces nos pintamos el bigote marrón.

Tía Laude es muy buena, porque me ayuda a hacer los deberes difíciles y me pregunta a ver qué he aprendido hoy. Dice que tengo que ser aplicada y estudiar mucho para hacerme una mujer de provecho. Yo de mayor quiero ser como la Tía Laude, pero como era antes, que no paraba de hacer bromas y de hablar de chicos conmigo. Decía que al final nos íbamos a echar un novio para las dos, y así podríamos ir al cine los tres a ver una película de besos.

Pero hace mucho que ya no se ríe, y se pasa el día triste. Algunas tardes no puede venir a buscarme y mamá tiene que salir antes de trabajar. Un día les vi, a Tía Laude y a mamá, llorando en la cocina. Mamá me ha contado que Tía Laude está enferma y que le tienen que dar rayos, y que para curarse necesita mucho amor. Yo le doy mucho, pero no es bastante. Por eso le he escrito esta redacción para pedirle un favor: quiero que me castigue después de clase, aunque me haya portado bien, así Tía Laude hablará con usted y le conocerá y usted verá lo guapa que es. Seguro que con eso se hacen novios y se curará antes. Yo, por si acaso, ya le he dicho que lo que más le gusta a usted son las películas de besos.

LUIS JAVIER PINAR PEÑAGARICANO

MI TÍA MARÍA

Estamos en época de carnavales y a mi memoria viene el recuerdo de mi tía María. Ella vivía el carnaval como nadie. Al llegar estas fechas buscaba en los baúles; siempre encontraba con qué disfrazarnos a las sobrinas, incluso llegó a hacerlo con mis hijas, eso que ya era mayor.

Voy a remontarme años atrás, tanto como los que tengo yo. Nací en domingo de carnaval, en una época en la cual éste no estaba autorizado, pero eso, a mi tía y a un buen grupo de jóvenes, no les importó. Algunos estaban ya casados; mi tía era una de ellas.

Martes de carnaval. Todo el grupo estaba en la calle, ¡de boda! Fue una boda muy sonada. Mi tía era la novia; el novio era el marido de otra señora. El resto constituían los padrinos, invitados. Se sumó también la chiquillería del pueblo.

Todos esperaban una fiesta pero no fue así. Terminó como el rosario de la aurora, delante de las autoridades y multados.

Mientras esto sucedía, el marido de mi tía que era pastor, ajeno a lo que estaba sucediendo en el pueblo, cuidaba el ganado en el campo. En la casa había dejado varios animales al cuidado de mi tía. Ocupada en la famosa boda, se le olvidaron. Al llegar mi tío a casa, comprobó que varios corderos habían fallecido. No había nadie en cada. Mi tía estaba arrestada, con todos los demás.

Que yo naciera en esos días no tuvo ninguna importancia. Lo curioso es que la fue adquiriendo a medida que pasaban los años, cuando los jóvenes de entonces fueron haciéndose mayores y rememoraban el año del carnaval que ninguno había olvidado, se acordaban de mi nacimiento. Así siguió siendo todos los años hasta que los mayores fueron falleciendo.

BENITA MELERO GONZÁLEZ

LA TÍA JOSE

Puedo clasificar a las tías del pueblo de múltiples maneras; por el mucho o poco contacto que tenía con ellas, por lo interesante o aburrido de sus charlas, por lo generosas o avaras en besos y cariños, por lo espléndidas o tacañas en propinas... En definitiva, tías en mayúsculas o minúsculas.

Siendo yo bastante pequeña, vino una vez a visitarnos una pariente de mi padre que vivía en la capital. Con ella vino la muñeca más bonita y maravillosa que jamás tuve. A los pocos minutos de tenerla en mis brazos, cuando apenas me había hecho a la idea de que aquella brillante y preciosa carita de porcelana me pertenecía, de que iba a estar para siempre conmigo; la "tía Jose" (que no era pariente ni nada, pero en los pueblos ya se sabe, todos son "tios") me la arrebató de las manos para admirarla mejor y sin saber cómo, por nervios o descuido, aquel prodigio acabó en el suelo con la porcelana rota en un montón de pequeños trozos.

No me lo podía creer, la única muñeca de mi vida, el sueño convertido en realidad, se había transformado en una pesadilla muy, pero que muy real.

La "tía Jose" con las manos temblando y la tez pálida no hacía más que decir, ante mi cara angustiada y llena de lágrimas, que no me preocupara, que en cuanto pudiera me compraría una nueva más grande y más bonita. Mi madre, suponía yo emocionada, meneaba la cabeza de un lado a otro y también lloraba.

Cada vez que veía a la "tía Jose" por la calle con algo en las manos o cuando yo llegaba a casa y oía su voz, mi corazón daba un vuelco y me decía: "Ahí está, ya pudo, la consiguió"; pero una y otra vez venían las decepciones, nunca la traía consigo.

Con el tiempo fui creciendo y mis ojos veían un poco más lejos. Cuando miraba a la "tía Jose" me daba cuenta de que no era como la mayoría de la gente del pueblo; vestía con ropas demasiado gastadas, de que se acercaba a casa cuando había alguna pequeña tarea extra que realizar a cambio de un poco de comida, o de que venía simplemente a calentarse al amor de la lumbre y charlar.

Bien es cierto que en ese tiempo, por fin fui consciente de que jamás tendría una muñeca hasta que yo no me la pudiera comprar, pues en mi casa no sobraba casi de nada y ni que decir tiene, en la de la pobre "tía Jose".

Su recuerdo me lleva a sentir de nuevo aquellas miradas tristes, como si siempre me pidieran perdón; sus historias especiales, que yo sentía contadas sólo para mí... La buena "tía Jose" con el tiempo, mucho tiempo, acabó en el casillero de las MAYÚSCULAS.

PILAR BAÑOS LÓPEZ

Mi Tía Rosalía

Mi padre siempre nos hablaba de su hermana mayor, tía Rosalía. Nos contaba como se querían, y cuando la recordaba lo hacía con admiración, decía que era mucho más fuerte, más decidida y más inteligente que él. Habían estado muy unidos.

Se separaron cuando ella, a pesar del disgusto familiar, se casó con un estudiante colombiano que conoció en la universidad, y con él se fue a vivir a aquel país. Se escribían, se mandaban fotos familiares, y se llamaban por teléfono. Pero no se habían vuelto a ver.

Por las fotografías y lo que contaba en las cartas, acabamos la conclusión, de que debían tener mucho dinero. Vivían en una casa mansión con un jardín enorme, tenían avión privado, viajaban..., en fin, mi padre estaba encantado de que a su hermana le hubiera ido tan bien en la vida. En una de las conversaciones telefónicas tía Rosalía anunció a mi padre que ella y su marido tenían pensado visitarnos y que antes de un mes estarían aquí. Todos nos pusimos nerviosos, sobretodo mi padre.

Nuestra vida se transformó: mi madre empezó a decir que tendrían que pintar la casa, y cambiar las cortinas y el tresillo, además de hacer alguna obra en la cocina ¡qué iban a pensar de nosotros, ellos que estaban acostumbrados a vivir con todo ese lujo...! Mi pobre padre con su escaso sueldo, no tuvo más remedio que pedir un préstamo al banco. Esos días fueron agotadores con tantos preparativos.

Al fin llegó el día esperado, mi padre estaba feliz y emocionado. Le acompañé al aeropuerto. Yo también estaba nerviosa, al fin iba a conocer a la tía Rosalía, a la que no podía evitar tener algo mitificada.

Para hacer tiempo nos sentamos en la cafetería, mi padre intentaba leer el periódico y miraba el reloj constantemente: "Nos va a costar reconocernos, decía".

Yo, miraba la televisión distraídamente. Empezó el telediario de la noche, al que no presté mucha atención hasta que oí algo sobre Colombia y el nombre de Rosalía Acevedo y el de su marido, entonces dije alterada: ¡Papá, escucha la televisión!

La noticia decía que esa madrugada habían sido detenidos en el aeropuerto de Medellín, el jefe del cartel de la droga Héctor Luís Maldonado y su esposa Rosalía Acevedo, en el momento en que iban a embarcar para España. La policía, con ayuda de efectivos del ejército, había conseguido de manera discreta y rápida que esta operación contra el narcotráfico hubiera tenido éxito.

Mi padre y yo nos miramos. Su expresión era de desolación. Se levantó despacio y dijo: Vámonos.

ARACELI CAÑAS URBÓN

MI TIA ROSA

En la habitación contigua a la mía se encontraba, siempre tan brillante y tan bien cuidada. Me atrevería a decir que la misteriosa arca de la tía Rosa, era para mi adorada madre como una reliquia a la que profesaba una gran devoción. La pulía y enceraba una y otra vez diciendo: Una madera tan agradecida como ésta, no se merece menos.

Todos los años durante el verano, mi madre consagraba un día a sacar todas las cosas del arca para airearlas y que no fuesen presa de la polilla, tarea a la que yo me apuntaba encantada por olisquear una y otra vez la riqueza del contenido del arca.

Todo lo que había dentro, yo lo sabía de memoria: Lo primero que sacábamos era un vestido de novia de color marfil, confeccionada la falda de organza fina, que le daba una vaporosidad exquisita; el talle era de una tela brocada, salpicada de arañas entrelazadas de guipur, de donde surgían en el cuello y en las manguitas cortas, un encaje de chantilly como margaritas abiertas a la luz de un nuevo día. Después venían los juegos de sábanas de un lienzo finísimo, donde los bordados a mano y las puntillas te hacían perder el sentido. Toallas del mismo lienzo, rematadas con encajes de bolillos de Brujas o Flandes, rayaban a mi modesto entender, la perfección. Los tres cobertores del Val de San Lorenzo completaban el ajuar.

Debió considerar, mi madre, que yo poseía la edad y madurez suficientes por que al fin decidió contarme la historia del arca y de paso la de la tía Rosa, comenzando así: No había moza en el pueblo, por aquella época, más guapa y espigada que ella. Sus ojos grandes, color avellana, resaltaban como dos luceros en aquel rostro con piel de nácar; sus cabellos largos y negros se dejaban moldear al antojo de tu tía, resaltando aún más su belleza. Y al andar derrochaba una elegancia incomparable.

A Juan, el padre de Alberto, se le metió entre ceja y ceja que tu tía tenía que ser para él, buscaba todas las ocasiones para encontrarse con ella y regalarle mil zalamerías y ella, con la inmadurez de sus escasos años, cayó rendida a los encantos del conquistador. Prepararon la boda casi en secreto, mientras tu tía se dejaba los ojos bordando sábanas y dando mil escapadas a la casa de Soledad para probarse el traje de novia que entre las dos habían elegido, después de mirar y remirar todos los ajados modelos estampados en las revistas de la modista. Soledad había trabajado en una prestigiosa casa de confección en vestidos de novia en Astorga, al quebrar, el dueño no podía pagarle los jornales atrasados, así que ofreció a sus empleadas la oportunidad de cobrarse lo que se les debía en telas y encajes. ¡Y qué telas! Por eso el vestido de mi hermana no tenía nada que envidiar a los de ahora.

Llegó a oídos de tu abuelo que el padre de Juan no estaba de acuerdo con la boda, que a tu tía no le tocarían ni una décima parte de las tierras que le iban a tocar a su hijo y que aunque fuera tan guapa como una virgen, con la hermosura no se hace capital. Lo comentó en la mesa, pero tu abuela contestó que si los chicos se querían no podía hacer nada el soberbio ése.

Una noche, al salir tu tía de casa de Soledad, llena de alegría y con su vestido de novia en el brazo, cubierto por una sábana, se tropezó con Juan que la esperaba con la cara larga, para decirle: Rosa, no me puedo casar contigo, mi padre se opone y amenaza con no dejarme ni una hemina, ¿dime de qué vamos a vivir entonces? No sé lo que tu tía le contestó continuaba mi madre, lo que si sé es que sus preciosos ojos no dejaron de llorar. La casa quedó embriagada con la pena de un duelo sin difunto, y el vestido de novia condenado a morir sin gloria alguna.

Tres días más tarde, tu abuelo y siendo aún de noche, aparejó la mula y llevó a tu tía al apeadero para que cogiese un tren con destino Zamora. Allí una hermana del abuelo se encargó de recogerla y ayudarla a soportar el gran dolor y la desilusión. Mientras que en el pueblo no se hablaba de otra cosa: Que si Juan la había dejado plantada a las puertas del altar por ser demasiado ligera; que con lo guapa que era tenía amoríos con casi todos los mozos del pueblo y un sin fin de barbaridades que no está bien que yo repita. Y porque tu abuela retuvo al abuelo, que jurando y perjurando decía que mataría a ese perro cobarde que había rechazado a su hija, para que fuese lapidada con tantas calumnias por las malas lenguas.

Y ahora que ya sabes la historia comprenderás porque cuido tanto el arca de la tía y porque cuando me dijiste un día, que te gustaría llevar el día de tu boda el vestido de la tía Rosa, te respondí diciendo que ninguna de mis hijas se casarían con ese vestido.

Al cabo de los años tu tía se volvió a enamorar y se casó con un buen hombre, mucho más guapo y mucho más rico que Juan y tuvo una vida feliz a su lado. Y sin embargo Juan me confesó, el muy cobarde, y ya siendo casi un anciano, que no había pasado ni un solo día de su vida que no se acordara de mi hermana Rosa.

HERMINIA BÉCARES ÁLVAREZ

MI TÍA

Mi tía eran dos: Rosario y María Dolores; dos en una, como Romeo y Julieta, el sufrimiento y algunas arrugas del alma o esa cierta desmesura y la alegría que anda sin control. Dos.

Siendo jóvenes, se asociaron para ayudar a morir a sus padres, mis abuelos maternos, con muchas pastillas de paciencia y, sobre todo, un incansable amor en ininterrumpido goteo intraemocional; una gota de te vas a curar, otra de te quiero, otra de va .. , no digas eso; y, siempre por junto, acompañaron luego a Antonio, que estaba del pecho; el marido de Rosario, el que era médico y sabía, en cada momento, lo que le iba quedando de aire por respirar, y miraba a mi tía con ojos cada vez más agradecidos, a medida que él se iba yendo y ellas trataban de disimularlo todo; mientras que, aún más fuertemente unidas por el agobio de la muerte pronosticada, bueyes del deseo, tiraban del viento de la calle para parearlo con el hueco de la ventana y que no les faltase su oreo, que no se les ahogara el dormitorio. Pero el aire de Antonio se consumió en aquella boqueada cárdena que contemplaron con las cabezas juntas; los ojos, muy abiertos; rendidas ya, las dos hermanas (o su unidad funcional: mi tía).

Después del daño, viuda, una, y exclaustrada por amor al prójimo, la otra, ya no se volvieron a separar.

Decidieron seguir adunadas, y, para cuando yo las conocí (transcurrido el párrafo anterior y en su primera visita a mi madre que yo recuerdo), ya eran una sóla. Tenían los mismos ojos castaños, como nuestro apellido, y la misma mirada azul de los más limpios, sensuales y bellos deseos; el mismo cuerpo maternal, bien hormonado y acogedor; y era su unísona voz llevada, para suerte de quienes

podimos convertirla en fuente de vivencias, no por dos, sino por seis alas como de lino; voz-serafín, movida por tres pares de alas suaves, dulces, suaves ... , dulces ... , suaves ... Y me quedaba dormido.

Era otra época, aquélla. Pocas mujeres estudiaban. Y así, no habían estudiado para enfermeras, aunque ponían inyecciones gratis a familiares y amigos; no eran psicólogas, pero conseguían tranquilidad en su entorno; no eran predicadoras, y sin embargo, sabían suscitar la esperanza en muchas cosas intangibles; no eran médicos, mas ayudaban -por instinto y muy bien- a vivir en sana salud y a dejar de hacerlo cuando llegaba el momento ... En suma, no tenían oficio, y, mucho menos, oficio remunerado; pero sí mucho beneficio, al ser personas portentosas por inusuales, no taumatúrgicas, no, sino, simplemente, (muy) buenas personas. Claro que el Ministerio no reconoce esta titulación, y todos decían: pobrecitas, tan solas, sin trabajo, con esas pensiones de nada No sabían que, sin ser comerciantes -tampoco; oficialmente, no eran nada- y con nula inversión dineraria, habían creado una sociedad limitada cuyo fin único era el de ayudar todo lo posible a los demás. No obtuvieron rendimientos materiales, pero sí fuimos muchos los beneficiados. Y en eso estaban; hasta su disolución, la "S.L." de mi tía fue un éxito; y ellas, felices.

¿Qué cómo se disolvió la empresa? Pues muy fácil: M^a Dolores, que era muchos años mayor que Rosario, murió de inaguantable bondad crónica aquel ojientristecido día gris de mayo. Mi tía se redujo a su 50% por desaparición de la mitad del accionariado.

Rosario, el otro 50% de mi escindida tía, pasó los días siguientes al del óbito mirando el cuadradito de cielo que enmarcaba la ventana del cuarto de la residencia de ancianos a la que fue a parar cuando quedó sola; uncielo azulito con nubes blancas, cual monitor con Windows 95. Los allí asilados decían que miraba tanto hacia arriba ya lo lejos, porque esperaba ver aparecer a su hermana (acontecimiento imposible, como todo el mundo sabe). El caso es que pasaban los días, tres, cuatro, cinco ... , y Rosario no hacía otra cosa fuera de fijar los ojos en su pantalla; y no se moría, contra los pronósticos de aquellos ancianos pretridentinos que, mascullando agüeros, la vigilaban por turno. Pero llegó el séptimo día ..., ¿ah? ... Ya nadie contaba con grandes novedades, por lo que se colaron en la habitación sólo por ver si andaría mirando, hoy, al cielo, siendo así que, de súbito, éste se había entenebrecido de forma extraordinaria. Algo de curiosidad malsana debían de portar, cada cual en su almario: Rosario no seguiría extasiada ante este cielo grismarengoaburrado con un irregular puntito blanco ... , ¿o sí? ... Su malicia fue castigada con una sorpresa.

No estaba. Ese día, Rosario ya no estaba. Todos supieron, aunque nadie se atrevió a decirlo, que su hermana (o alguien instigado por ella) se la había llevado al sitio de las grandes mujeres sin valorar.

-¿Por el puntito ... ? -se le escapó al más feo.

Y yo, que me imagino cómo fue todo, estoy ahora muy contento, porque volví a tenerla completa; se recompuso la de acastañados ojos y garza mirada, mi tía, que, como saben, eran dos.

MANUEL GUÍO CASTAÑOS

A MIS TÍAS

¡Cómo hablar de una tía, yo tendría que hablar de dos de mis tías! Hablar de una sola me parece egoísta por mi parte, pues ambas me aportaron y me ayudaron mucho en distintas etapas de mi vida.

Nací en los años 50 en el seno de una familia humilde con cuatro hijos, y aunque mis padres trabajaban -mi padre era panadero y mi madre trabajaba en el peladero curtiendo pieles- la época era muy dura y el sueldo, cuando se cobraba, ya se debía en la tienda.

Aquí entra una de ellas, Rosalía, a quienes nosotros llamábamos Ía. Por entonces estaba soltera, vivía con mi abuelo y yo era su ahijada. Todos los días iba a su casa a merendar: pan, chocolate y una naranja. Recuerdo un cabás que me echaron los Reyes en su casa, y de una muñeca de cartón, preciosa, que lavé y se le borró la cara.

Ía siempre estaba ahí. Cuando las niñas comulgaron en mayo yo no pude hacerlo con ellas, pues llegó una hermanita a la familia y ya no había dinero para comuniones. Fue entonces cuando Ía dijo: "no te preocupes, yo me caso en septiembre y tú puedes hacer la comunión en mi boda". Yo estaba triste por no hacerla con las demás niñas y ella me repetía que era una privilegiada, ¡pues a ver cuantas pueden comulgar en la boda de su tía!

Cuando mis padres tuvieron que irse a trabajar a Asturias, me quedé a vivir con ella hasta que hiciera la comunión, y día tras día ella se ocupó de llevarme a casa de una señorita que me daba las clases de catequesis. Mi tía me llevaba siempre con ella, incluso cuando iba al cine con su novio.

Años más tarde, cada vez que volvía a Paredes de Nava no había para mí más casa que la de Ía y Rufi. Es lo que más recuerdo del pueblo, su casa y cómo me acogieron en ella, ¡qué arropada me sentí!

Cuando hicieron la comunión sus hijos les llevó por las casas de las vecinas para que los vieran y yo, ya adolescente, los acompañé. Ellos procuraban darme consejos y por eso siempre les estaré agradecida y tendrán mi cariño.

Mi segunda tía, Emiliana, cuando más entró en mi vida fue a raíz de venir a vivir a Palencia. Ya casada, con dos hijas y esperando a un tercero, vinimos en una época en que no se encontraban los pisos tan fácilmente como ahora. Emiliana me acogió en su casa y todas las tardes nos las pasábamos buscando piso.

Me acompañó cuando di a luz a mi tercer hijo, y una conversación con ella que nunca olvidaré fue cuando le dije que era niño, pero era muy feo, a lo que ella me contestó que más fea era yo y no importaba.

La verdad es que en aquella época me ayudaron mucho, tanto ella como su marido, Celestino, y sus hijos, mis primos.

Este año la he perdido y desde este modesto relato quiero agradecerle todo su apoyo, ayuda y cariño.

Gracias a las dos TÍAS de todo corazón.

ASUNSIÓN GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

LA TÍA JUANA

Su figura enjuta y sus inquietos ojos grises, visitan mi memoria al pronunciar su nombre; un nombre que para muchos habitantes del pueblo era un grado, un título honorífico: La Tía Juana. Una mujer que se empeñó en poner luz y color, a un tiempo invadido por las tinieblas del miedo y la desesperanza.

Cuando se quedó viuda, tenía veinticinco años y tres hijos. La incivilizada guerra que marcó su vida y la de varias generaciones posteriores, había terminado, pero continuaba el hambre y el espanto. Ella no se rindió ante las dificultades que necesitó vencer, ni permitió que el pesimismo y el dolor se adueñaran de su carácter.

La conocí el verano de 1971 y no la he vuelto a ver, pero no me he olvidado de ella, ni de mi torpeza. La tía Juana, era alegre y optimista, llena de curiosidad, poseedora de una fuerza y unos conocimientos que no escatimaba a nadie. Mujer de campo, nombraba a cada planta por su nombre, sin olvidar sus cualidades curativas. Sabía cuándo iba a llover por la forma en que se ocultaba el sol, o por el comportamiento de los pájaros; daba a cada problema su justo valor, lo que la convertía en una consejera ideal. Era una mujer sabia, dueña de una sabiduría transmitida por la naturaleza y el tiempo, un libro en el que no todos saben leer. Ella que dominaba los signos de la vida, no sabía interpretar esos otros, esa sucesión de números y letras que no tuvo tiempo de aprender. La tía Juana, era analfabeta y yo tenía veinte años.

Aún recuerdo con vergüenza el día en que me explicó que para poder alimentar a sus hijos, y a ella misma, decidió convertir su casa en escuela, una escuela a la que acudían todos los niños del pueblo, mientras sus madres aprovechaban los meses de recogida y conserva de la fruta para trabajar. No he olvidado mi arrepentimiento nada más pronunciar aquellas palabras y mi impotencia por no poder borrarlas. Por fortuna, tampoco se ha borrado de mi mente la respuesta de la tía Juana.

— Pero tía Juan — exclamé — ¿Cómo se le ocurrió poner una escuela? Usted no sabe leer ni escribir. ¿Qué podía enseñar a los niños?

Me miró con sus ojos calidos, hubo un silencio, unos segundos en los que me arrepentí de mi crueldad por hacer semejante pregunta, y esperé la respuesta que yo creí sería un desaire. Pero no. Ella, como dueña de un secreto compartido por otras muchas mujeres, maestras de una ciencia que no figura en los libros, sonrió y me dijo:

— A vivir hijita. ¡Les enseñaba a vivir!

M^o ÁNGELES FOMBELLIDA CABEZUDO

MI TÍA

Mi tía fue la pequeña de tres hermanos; cuando llegó a este mundo, inundó el hogar de felicidad. Fue creciendo con el cuidado y atenciones de sus padres y mucho amor. En aquella casa no se escatimaban las caricias, los besos, el contarse cuentos por las noches. En fin, que mi tía creció y dentro de ella albergo una identidad muy especial. Después de la escuela vino el Instituto y luego se preparó para maestra; le encantaba la idea de enseñar y educar a los niños. Se sentía feliz ejerciendo aquella profesión, además cuando estaba en el patio y les observaba, dejaba volar su imaginación: ¡y el día que yo sienta que dentro de mi ser se esté formando una nueva vida! ¡Me dará patadas! ¡Me pondré gordita!; pero no importa, es pasajero. ¡Cuándo tenga a mi niño en mis brazos! Qué se yo... ¡Seré la persona más feliz! Porque al igual que yo tuve un hogar lleno de amor, él también lo tendrá y según crezca le inculcaré una educación, valores, que sea una persona íntegra, responsable, que no pierda su dignidad, que albergue la humanidad, que luche por lo que crea justo en la vida, que no se olvide de ser feliz y que como humanos, nos equivocamos.

De repente los gritos y el bullicio de los niños hicieron volver a mi tía de su ensoñación. ¡Vamos niños, en fila, entramos a clase! Como un relámpago, un jovenzuelo irrumpió con su moto descontrolada, saltando la valla del patio y aterrizó justo contra el cuerpo de mi tía. Después de unas semanas, el diagnóstico era el siguiente: quedaría postrada en una cama de por vida; tenía todo su cuerpo paralizado. Entonces fue cuando por su mejilla resbaló una lágrima y dijo: ¡Jamás podré sentir lo que se experimenta al albergar una vida dentro de mí! Nadie me llamará... MAMÁ.

Mi tía fue la pequeña de tres hermanos; cuando llegó a este mundo, inundó el hogar de felicidad. Fue creciendo con el cuidado y atenciones de sus padres y mucho amor. En aquella casa no se escatimaban las caricias, los besos, el contarse cuentos por las noches. En fin, que mi tía creció y dentro de ella albergo una identidad muy especial. Después de la escuela vino el Instituto y luego se preparó para maestra; le encantaba la idea de enseñar y educar a los niños. Se sentía feliz ejerciendo aquella profesión, además cuando estaba en el patio y les observaba, dejaba volar su imaginación: ¡y el día que yo sienta que dentro de mi ser se esté formando una nueva vida! ¡Me dará patadas! ¡Me pondré gordita!; pero no importa, es pasajero. ¡Cuándo tenga a mi niño en mis brazos! Qué se yo... ¡Seré la persona más feliz! Porque al igual que yo tuve un hogar lleno de amor, él también lo tendrá y según crezca le inculcaré una educación, valores, que sea una persona íntegra, responsable, que no pierda su dignidad, que albergue la humanidad, que luche por lo que crea justo en la vida, que no se olvide de ser feliz y que como humanos, nos equivocamos.

De repente los gritos y el bullicio de los niños hicieron volver a mi tía de su ensoñación. ¡Vamos niños, en fila, entramos a clase! Como un relámpago, un jovenzuelo irrumpió con su moto descontrolada, saltando la valla del patio y aterrizó justo contra el cuerpo de mi tía. Después de unas semanas, el diagnóstico era el siguiente: quedaría postrada en una cama de por vida; tenía todo su cuerpo paralizado. Entonces fue cuando por su mejilla resbaló una lágrima y dijo: ¡Jamás podré sentir lo que se experimenta al albergar una vida dentro de mí! Nadie me llamará... MAMÁ.

JONE CALVO HIDALGO

Relato Breve**In memoriam 1929-2008****MI TIA**

Nunca ha surgido un encargo en un momento tan propicio.

Dicen que tu vida es completa cuando tienes un hijo, plantas un árbol y escribes un libro. A mi me faltaba esto último. No es que vaya a escribir cuatrocientas páginas, pero podría, pues tus aportaciones en todos los aspectos de mi vida dan para ello.

A tu memoria, tía, con todo mi cariño.

Consuelo, que así te llamabas, aunque para todo el mundo eras Chiña. Naciste en una república, 1929; viviste una guerra civil con graves consecuencias, pues perdiste a tu padre (yo, gracias a ti, se que tuve un abuelo extraordinario, cariñoso y humano); luego una larga y dura posguerra. Pero a pesar de todo ello no perdiste tu alegría, tus valores familiares y tus ganas de vivir.

Todo esto y más no lo has traspasado a tus sobrinos, y te damos gracias eternas por una niñez en Coruña cargada de momentos felices e inolvidables.

No puedo olvidar los desfiles por los cantones del "Generalísimo", en sus vacaciones en el Pazo de Meirás. Nos llevabas y, al pasar el Rolls Roice, decías cuando saludaba:

-Pobriño, le han atado la mano con un hilo para que salude.

Yo era muy pequeña y lo del parkinson no lo sabía.

Luego teníamos sesiones dobles de cine y días de playa entrañables. El día de la paella fue mundial...Amaneció chispeando. No había playa así que la abuela preparó una paella para comer. Tú, el arroz ni verlo pero, por nosotros te resignabas. Fue cambiando el tiempo y salió un rayito de sol. Y dicho y hecho. A la playa con la cazuela de arroz (todo un número). No nos conformábamos con ir a la playa de Riazor a 200 metros, no. Teníamos que ir a Santa Cristina, coger la lancha y mesa en el pinar. Cuando hubimos cumplido todos los requisitos, tormenta al canto y diluvio. Vuelta a la lancha con la cazuela de arroz y los filetes empanados. Tú, mientras, nos cantabas el arroz con chícharos, patacas navas, repo de Betanzos e mais cebo/a, que se ha quedado como himno al arroz en nuestras casas.

La verdad es que contigo jamás había penas porque te era suficiente una botella y unas cucharillas para montar el sarao.

Había noches en estos veranos que nos la preparabas y se armaba la trifulca. Cuando mi madre decía ¡niñas, a la cama!, tú, en tu línea, decías:

-No, que se arreglen que van al cine.

Nosotras, como locas, nos vestíamos a cien y nos peinábamos bien. -Tía, ya estamos preparadas.

y tú decías, ¿para qué?; pues para ir al cine, contestábamos.

-Estades locas ... ¡cómo que al cine!

-Sí, que nos lo has dicho tú.

y replicabas, "no me habéis dejado terminar. Yo os he dicho al cine, pero al de las sábanas blancas ...".

Llantos, rabieta y a dormir. Al día siguiente entre besos y carantoñas olvidabas lo anterior (gran poder de convencimiento el tuyo).

Pasaban los años y mi adolescencia y juventud en los meses de verano a tu lado fueron estupendos e instructivos, pues lo que no te atreves a contar o preguntar a tu madre tenía respuesta en ti. Buenos y sabios consejos que con el tiempo yo he transmitido a mis hijas. Gracias por ello.

Pasó el tiempo, me convertí en una mujer adulta, me casé, tuve a mis hijas. Y tú siempre estabas ahí ayudando y, sobre todo, alegrando, a pesar de tus propias penas.

Murió Leandro, tu novio eterno. Luego tu madre, a la que dedicaste toda tu vida con un cariño sin igual, lo cual entiendo porque, yo quería mucho a mi madre pero, a mi abuela la adoraba.

Siguió la vida y perdiste a tu hermano. Otro mazazo, pero la vida sigue. De nuevo otro golpe. Muere tu cuñado, o sea, mi padre, con el que tenías una relación de hermanos fuera de serie.

Fue muy duro, los veranos en Coruña tenían ya muchas ausencias pero, mi madre y tú, seguís enriqueciendo mi vida y la de mi marido y mis hijas con vuestras vivencias, alegrías y cariño.

1994, otro mazazo; muere mi madre, tu hermana. Gran desolación para todos. Tú has perdido ya a toda la familia (padres y hermanos) y yo siento la angustia de ser huérfana (sensación terrible). Pero la vida sigue y tú estás ahí para todos nosotros.

Verano a verano Coruña está en nuestras vidas pues tú, tía, eres la raíz que nos une a toda la familia y nos hace tener siempre presente la familia tan maravillosa que teníamos y tenemos pues mientras les recordamos les mantenemos vivos. Cogemos todos el testigo, tú velando por los sobrinos y los sobrinos por ti.

Pasa el tiempo y comienzas con problemas de salud, que aboradas con gran entereza y sin perder el humor (bueno, alguna vez sí). Es curioso que, aun encontrándote hecha polvo, cuando hablábamos por teléfono nos dabas ánimos tú a nosotros.

-Cuídate, neniña, no te me pongas nerviosa por nada. Y cuídame de las neniñas y de chuchiño, y si me necesitas no tienes más que decírmelo.

Pobrecita mía, [con lo malita que estás y animas a los demás! Esto pienso yo cada vez que hablo con ella.

Pasa el tiempo y el deterioro se le va notando pero ella sigue echando el resto. Nosotros estamos preocupados, porque aunque no queremos que ocurra, presentimos que su vida pende de un hilo. No, no nos queremos ni hacer a la idea de perderla, pues quizás sabemos que cuando ella falte somos todavía más huérfanas ya que es el nexo de unión con nuestros familiares pasados y presentes.

Pero claro, no somos eternos y el 26 de diciembre de 2008 nos dan la noticia nefasta. Te has rendido tía, y nos has dejado abatidos, pero la vida sigue y aunque sea en tu honor lo haremos con alegría que es lo que tú querías, que no perdiéramos la alegría nunca. Ni aun en los momentos más adversos. Así que va por Tl. Espero que allá donde estés hagas panda con toda la familia y como ángeles de la guarda nos controléis a los que aquí seguimos.

Te queremos tía. Por siempre y para siempre.

ESTHER VILLALAÍN EXPÓSITO

MI TÍA

Recordando a mi tía Inés

¿Qué quién era mí tía Inés?

Se llamaba Inés Delgado García, nació el 1910. Y fue una mujer entrañable y muy querida por todo el pueblo. Y sus motivos tenían.

Mí tía era la comadrona del pueblo. No había niño que naciera que no pasara antes por sus manos. A cualquier hora del día o de la noche que la necesitaran allí estaba ella, con su sonrisa y bien hacer, para ayudar en lo que pudiera (que no era poco).

Las madres jóvenes le pedían consejo de cómo atender a su hijo, como le tenían que poner al pecho para que mamaran, etc.

También era la practicante del pueblo; pues cuando el médico mandaba poner inyecciones, enseguida se le pasaba un aviso para que fuera a ponerlas. Y claro, todo esto gratis, sólo las gracias que alguno le daba, pues tampoco era palabra muy usada en esa época.

Todo esto sin ir a aprender a ningún sitio. Sólo con la observación a otras personas y su gran voluntad.

Tuvo 7 hijos, aunque sólo le vivieron 5. Así que en su casa tampoco le faltaba trabajo. Lo mismo hacía pan, que dulces, queso (pues tenían un pequeño rebaño de ovejas que cuidaba su marido). Me parece estar viéndola con su rueca y su carda preparando la lana para hacer distintos tipos de prendas.

Recuerdo oír muchas veces, como en una ocasión estaban dos mujeres de parto, (eran vecinas) y pasaba de casa en casa para ver a quién "tenía que asistir primero". Y así estuvo varias horas hasta que nacieron. Fue un niño (mi hermano) y una niña (mi prima).

Pero Dios le premió con dos hijos religiosos (dominicos), que fue el orgullo y la satisfacción mayor (según ella) que tuvo en la vida.

Pudo ver casar a todos sus hijos, y logró conocer hasta biznietos. Vio morir a su marido; y así, poco a poco fue trascurriendo su vida.

Ya de mayor, participaba en todos los eventos del pueblo, tanto religiosos como civiles. Asistía a charlas, clases de manualidades jugaba a las cartas con las vecinas... hasta que un 14 de Febrero de 1999, a sus 89 años dejó esta vida apaciblemente, y con una sonrisa (según cuentan sus hijos) rodeada de todos sus hijos, nietos y biznietos...

Quede esto como un pequeño homenaje a mi querida tía, a la que tanto tengo que agradecer, y tanto quise.

IMELDA PÉREZ DELGADO

“MI TÍA”

Guardo en mi memoria el recuerdo de una gran mujer, ampudiana y palentina de nacimiento y convicción, que con embrujo hechicero utilizó sus armas de mujer en notable contribución a la vida familiar y social del mundo rural, sus culturas y tradiciones.

No era mi tía por ley natural, aunque así la nombraba, pero era en realidad una abuela bendecida por imperativo legal. Tía o abuela, qué mas da, pero mujer al fin y al cabo, que fue refugio familiar de niños y adultos; siempre comprensiva, cariñosa y defensora de quienes buscaban su complicidad.

Excelente contadora de historias y tradiciones, me arropaba en su regazo con cálidos relatos de los hombres y mujeres de su pueblo “terracampino”. Cuentos en definitiva, ciertos o no, que calaron hondo en mi corazón y me hicieron amar el paisaje sediento de Castilla, los amaneceres y atardeceres llenos de luz, la gastronomía rica y contundente, los festejos y los dichos populares o la arquitectura tradicional de piedra y adobe de la Tierra de Campos.

Mujer de apariencia frágil, pero fuerte en sus planteamientos y convicciones, pilar fundamental de una casa solariega y de sus gentes. Menuda en estatura y complexión, pero grande en generosidad y alegría, a pesar de que sus lagrimosos ojos denotaban el recuerdo de tiempos mejores. Mujer alegre y festiva, elegante en el vestir, viajera, de espíritu juvenil, mujer de cálidos sentimientos.

Me contaba aquellos felices días de vendimia, cuándo hombres y mujeres salían al majuelo en carros de varas tirados por un par de yegüas con crines doradas, cestas con viandas, cánticos festivos, alegre griterío, caminos polvorientos, majestuosos atardeceres...

Fui testigo de sus tareas solidarias, cuándo en compañía de otras mujeres acudía a la ermita de “Ntra. Sra. De Aleonada” para limpiar y engalanar tan devoto monasterio. Calderas de cobre y agua hirviendo, eran los instrumentos para, rodilla en tierra, desgastar la tarima de madera y dar nuevamente vida al viejo pavimento, siempre con alegría, con poderío, como cuándo acudía a la era y participaba en las tareas de la “trilla” y el “acarreo”.

Me fascinaba su maestría para hacer enormes coronas el día de “Todos los Santos”, coronas con crisantemos de suaves colores, pero sobre todo el sentimiento que ponía cuándo depositaba su recuerdo sobre la tumba de los seres queridos.

Tenía gusto para montar todos los años un bonito belén, con paciencia, utilizando elementos de la zona, colocando con esmero pequeñas figuras de cerámica que representaban el nacimiento de Jesús, la anunciación, la huída, el portal, el castillo de Herodes, los rebaños de ovejas, las casitas perfectamente ubicadas..., todo en un orden perfecto, que transmitía a los menudos espectadores movimiento y vida.

Me gustaba verla vestida con mantilla y peineta en las procesiones de la Semana Santa o en la fiesta mayor, porque ella atesoró el honor de ser “Camarera de la Virgen de Aleonada”, tarea a la que se dedicó en cuerpo y alma durante toda la vida. Cuidaba la imagen de la Virgen como un tesoro, la adornaba con flores, la vestía y desvestía, la llevaba y traía a la ermita, siempre con suma devoción y espíritu de servicio. Sentí un orgullo especial el día en que rescató la imagen de un chamarilero, a quién el párraco de turno se la había entregado para hacer una restauración, encargándose de que los trabajos de reparación y reforma fueran llevados a cabo por un taller de profesionales expertos en obras del Museo del Prado.

Mujer que se mantenía en un segundo plano, a la sombra de su marido, médico de profesión, pero que se hacía imprescindible para todos. De ella estaban pendientes los miembros de su casa, pero también los hombres que volvían del campo, porque les procuraba el sustento energético y alimenticio necesario para abordar las largas y penosas jornadas agrícolas. Cultura gastronómica que fue transmitida de generación en generación, a fuer de sentarse diariamente estos hombres en rústicas mesas de madera, junto a cálidos fogones de lumbre, para dar cuenta de un buen cocido o de unas humeantes sopas de ajo, sin olvidar un buen plato de lechazo o una exquisita tajada de palomino, viandas de la matanza del cerdo o un trozo de queso elaborado con leche de oveja. Plan blanco hecho con trigo tremés o candeal y vino de cosecha de las bodegas terracampinas, completaban unas comidas alimenticias, baratas y sabrosas.

Una tía o una abuela, qué mas da. Era una mujer protagonista de su tiempo, que contribuyó al bienestar de su familia y de la sociedad. Como ella otras muchas fueron objeto de olvido y falta de consideración, pero de su trabajo dan fe los ojos vigilantes de los altos campanarios que bendicen la Tierra de Campos. Teresa Lucas se llamaba y era tía o abuela, qué mas da, madre, hija, esposa, amiga y compañera. Mujer, al fin y al cabo, que nos produjo la sensación de que “Dios parece que anda suelto por la Tierra de Campos”.

JOSÉ PEDRO BRAVO CASTRILLO

